

Hemos preferido comentar extensamente esta parte del libro de Marshall porque el problema teológico ha llegado a un "impasse". Habrá que esperar años de reflexión sobre los temas que toca la encíclica de Pablo VI, con decisión pero con brevedad, para que se establezca de nuevo una sentencia común entre los teólogos. En cambio, creo que es posible llegar a un acuerdo, por lo menos en la mayoría de los casos, en el terreno de la medicina pastoral. Esto no quiere decir que la solución sea fácil de llevar a la práctica, pero sabemos cuál es la solución.

Hacen falta trabajos como éste para ayudar a los médicos a cumplir con el deber profesional de "procurarse toda la ciencia necesaria en este aspecto delicado, con el fin de poder dar a los esposos que los consultan sabio consejo y directrices sanas que ellos esperan con todo derecho" (*Humanae Vitae*, n. 27). Como ha recordado Pablo VI sólo con la colaboración estrecha de médicos y sacerdotes se podrán solucionar los problemas de la regulación de la natalidad.

J. LÓPEZ NAVARRO

K. H. WRAGE, *Man and Woman*, Collins, London 1969, 259 pp.

En los últimos años el mundo ha sufrido una invasión de libros sobre *educación sexual* de todas clases y para todos los públicos: niños o adolescentes, de formación prematrimonial, o libros para adultos cuya vida sexual era insatisfactoria. Entre estas numerosas publicaciones las hay buenas, malas y regulares. Algunas cumplen plenamente la misión de educar cristianamente sobre un tema que forma parte de la cooperación del hombre con Dios, y otras son pornografía más o menos oculta bajo un disfraz pseudocientífico. Incluso la medicina pastoral ha dado origen a una nueva ciencia, la llamada sexología, y ya han aparecido en castellano tres o cuatro gruesos volúmenes publicados por varias editoriales.

*Man and Woman* no es una obra de carácter popular, en el sentido peyorativo de la palabra, ni tampoco exclusivamente científica. Más bien habría que calificarla de pastoral, aunque el término adolezca de cierta imprecisión.

El texto lleva unas setenta *ilustraciones* en negro y en color con el fin de completar la información de los lectores. Esto implica que el autor no tiene miedo al cuerpo humano ni cae en puritanismos de ninguna especie. Por otra parte, a fuer de sinceros, conviene decir que no son ilustraciones descocadas ni repulsivas como algunas de las que adornan el libro dirigido por López Ibor, que a pesar de la buena intención de sus autores mucho me temo que haya desempeñado el papel de pornografía "científica". Las reproducciones gráficas del libro de Wrage tienen la objetividad y la frialdad de los tratados de anatomía o de fisiología.

*El contenido* se agrupa en dos partes: La primera estudia los temas clásicos de instrucción y educación sexual de los niños y de los ado-

lescentes e incluye un capítulo sobre educación prematrimonial. La segunda parte trata de la descripción anatómica y fisiológica de los órganos genitales y de las manifestaciones de la vida sexual antes y después del matrimonio (masturbación, "petting", orgasmo, etc.). Hay que mencionar la importancia que el autor concede a las manifestaciones psicológicas, poniendo de relieve la mayor amplitud del campo de la sexualidad. Los capítulos finales abordan los temas de herencia, medios anticonceptivos, embarazo, parto y lactancia.

Como se ve, es un tratado completo escrito en lenguaje claro y digno a la vez, evitando entrar en excesivos detalles del "ars amandi" que es mejor dejar a la iniciativa de los esposos.

La valoración de la obra del Dr. Wrage resulta en conjunto positiva. Digamos inmediatamente que el autor es un seglar "comprometido": Es director del Comité de Servicios Sociales y Médicos (Bureau of Social Services and Medicine) de la Iglesia Protestante Alemana. Escribe por tanto desde el punto de vista cristiano. Así, hablando de la formación de los niños dice: "El término educación sexual significa en realidad educación, dirigida a conseguir hombres y mujeres adultos, y no simplemente instrucción sobre anatomía y fisiología" (p. 19).

Sin embargo, *no todo es aceptable para un católico*. Por ejemplo en el tema del onanismo (p. 46) el autor acepta la tesis audaz que refiere este pecado al quebrantamiento de la ley del levirato, al margen de la constante tradición de la Iglesia, y en cuanto a la masturbación afirma simplemente —con una simplificación excesiva a todas luces— que "it can no longer be regarded as a sin" (p. 46).

Aparte de los dos puntos citados y de algunas cuestiones opinables sobre la modestia (pp. 30 y 84), el capítulo que más se separa de las enseñanzas del Magisterio actual es el del control de la natalidad (p. 173 y siguientes). Es cierto que el autor rechaza el aborto y los dispositivos intrauterinos (que causan micro-abortos) por razones éticas, pero a continuación señala algunas indicaciones médicas y sociales que justifican —a su juicio— el llamado aborto terapéutico. Verdaderamente el protestantismo ha evolucionado mucho desde la época lejana de rígido apegamiento a la letra de la Biblia.

El libro *puede ser útil* para profesores de teología moral o pastoral; es inútil para el sacerdote o el seglar, a pesar de los valores que innegablemente contiene. *El desconocimiento de la virtud cristiana de la castidad conyugal* —a la que se ha referido Pablo VI en varias ocasiones— y de su importancia escatológica se comprueba consultando el índice alfabético de materias. Las dos citas indicadas en él son irrelevantes. En cambio véase la aportación de un teólogo belga de hoy en un libro que sólo trata esta cuestión indirectamente: "El cristianismo conduce a todos los bautizados hacia el estado definitivo de elegidos, donde ya no existirá vida sexual. Desde esta perspectiva, el crecimiento de la gracia santificante en el alma de los esposos bautizados requiere, en cierta medida, una forma de liberación de la carne más señalada que la que nos pide la mera razón" (G. THILS, Santidad cristiana, 4 ed., 324).

La elaboración de una doctrina de la castidad conyugal está por hacer. Hasta ahora el moralista se ha limitado a afirmar que en el ma-

trrimonio el pecado contra la castidad consistía únicamente en el adulterio y en el onanismo. Sin caer en las rigideces de la moral sexual de la Edad Media hay que llamar la atención sobre la sensualidad difusa en el ambiente, que ha penetrado la vida matrimonial. Aunque no se eviten los hijos, ni se cometa adulterio, si en las relaciones íntimas no existe la virtud cardinal de la templanza —castidad conyugal—, pronto o tarde surgen problemas graves. La encíclica "Humanae Vitae" ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión del dominio de sí mismo al rechazar las soluciones fáciles de las técnicas anticonceptivas.

J. LÓPEZ NAVARRO

J. A. JUNGSMANN, *El servicio de la Palabra*, Edic. Sígueme, Salamanca, 1969. 139 páginas.

El índice de este libro de Jungsmann nos evoca inmediatamente algo conocido". ¡Este libro lo hemos leído ya! Vamos al estante, para extraer un libro de 1960: "Las leyes de la liturgia", editado por Dinor. Y efectivamente, aquí está lo que buscábamos. Este librito, recién editado por "Sígueme" es casi la reedición de aquél. Ha cambiado el título. Pero también lo ha hecho la edición alemana, la cuarta. Porque esta obra remonta a 1939. Después han sucedido muchas cosas, entre otras el Concilio Vaticano II. Y aparte de un nuevo capítulo, el último, el autor ha ido incorporando a los ya existentes las conclusiones conciliares.

Pero ya es mérito que una obra como ésta pueda reeditarse a los treinta años, y pueda permanecer sustancialmente intacta, y tan vigorosamente fresca. Hay mentalidades que han tenido que rehacerse a toda prisa con motivo del Concilio. La de Jungsmann, a pesar de los muchos años de este ilustre jesuita, se ha limitado a contemplar con mucha serenidad, que sus ideas básicas iban cuajando en una Constitución conciliar.

El primer capítulo —"Esencia de la liturgia"— ha incorporado las últimas preocupaciones teológicas sobre el concepto de liturgia, y las aportaciones del Concilio. Pero es sobre todo un acto de fe en la permanencia vital de la liturgia, en su constante capacidad de renovación y al mismo tiempo de fidelidad a sus constantes básicas. El segundo —"Los actores de la liturgia"—, desarrolla particularmente el papel del pueblo cristiano en la acción litúrgica. "En el pensamiento bíblico la dignidad sacerdotal corresponde en primer lugar y exclusivamente a Cristo Nuestro Señor, a Cristo en persona. En segundo lugar se atribuye al Cristo *total*, a la totalidad de los que forman su Cuerpo místico y participan de su vida y de su sacerdocio" (p. 38 s.). También hay un sacerdocio ministerial, pero al servicio o como instrumento de la acción de Cristo y de la del pueblo cristiano. Por eso se realiza un gran trabajo pastoral "al despertar en los fieles la conciencia del lugar a que... son llamados en el servicio divino de la Iglesia, y al explicarles su dignidad sacerdotal" (p. 43). En el capítulo titulado "Dos tensiones" analiza las relaciones de la liturgia con la belleza y con la vida popular.